pero á mayor abundamiento, como se creian indispensables, no les parecia que sus jefes pagaban muy caro el poder que ellos les dieron, sufriendo su indisciplina y sus exigencias. Apenas se pudieron vender los bienes de los proscriptos, porque el uno queria una casa, el otro tierras, aquel una ciudad, el otro dinero y esclavos. Los hubo que se hicieron adoptar forzosamente por ciudadanos ricos para heredarlos, y algunos, menos pacientes, daban muerte al hombre proscripto ó no, cuya fortuna codiciaban. Toda la ciudad temblaba ante aquella soldadesca de bandidos y esclavos rebeldes. A las ejecuciones siguieron las exigencias fiscales : los habitantes de Roma y de Italia, ciudadanos ó extranjeros, sacerdotes ó libertos, *prestaron* el diezmo de sus bienes y hubieron de entregar sus rentas de un año, con lo cual los triunviros se dignaron declarar concluida la proscripcion y el senado no se avergonzó de otorgarles coronas cívicas como á los salvadores de la patria.

El 1° de enero de 42 renovaron el juramento de observar las leyes y los actos de César, y á su ejemplo, dispusieron los triunviros de todos los cargos para los años siguientes. Octavio y Antonio hicieron una tentativa inútil contra Sexto Pompeyo, dueño de la Sicilia, y cruzaron despues el mar de Jonia para ir á combatir á los republicanos, cuando Cornificio, que mandaba por el senado en Africa, acababa de ser muerto; de modo que todo el Occidente, menos la Sicilia, obedecia á los triunviros.

Batalla de Filipos (42).

Bruto pasó de Italia á Atenas y levantó su estátua entre las de Harmodio y Aristogiton. En cuanto cundió la noticia de que estaba reuniendo tropas, acudieron en su derredor los restos de las legiones que se habian quedado en Grecia despues de la batalla de Farsalia, un cuestor que llevaba á Roma el impuesto de Asia le entregó 500,000 dracmas, el jóven Ciceron organizó una legion para él, y el gobernador de Macedonia le cedió su mando, de cuyo modo vino á encontrarse con una vasta provincia y un ejército enfrente de Italia. Antonio envió á su hermano Cayo para disputarle la

Grecia y quedó prisionero : del Adriático á Tracia todo el mundo obedecia al general republicano.

Casio tambien habia marchado á su gobierno de Siria. Dolabela, colega de Antonio, llegó por aquel tiempo á Asia y dió muerte cruel á Trebonio, uno de los asesinos que cayó en su poder; pero las legiones de Oriente no querian á los cesarianos, y muy luego sitiaron á Dolabela en Laodicea y le redujeron á la extremidad de darse la muerte. Antes de la guerra de Módena se supo todo esto en Roma : Ciceron hizo que el senado confirmara á Bruto y á Casio en sus respectivos gobiernos, con el derecho de exigir los recursos que necesitaran y de llamar á sí los contingentes de los reyes apremiándoles para que acudiesen á Italia; mas ninguno de ellos poseia la resolucion que dobla las fuerzas y se hallaban en los extremos del Asia romana cuando llegó á sus oidos la nueva de las proscripciones sin que por esto se apresurasen, ocupados como lo estaban en sojuzgar los pueblos adictos á los triunviros. Bruto atacó á Janto y Casio á Rodas que saqueó con mil horrores. La provincia de Asia tuvo que pagar de una vez el impuesto de diez años. Así el último ejército y los últimos jefes de la república legitimaban de antemano el triunfo de la monarquía á los ojos de las poblaciones. Sin embargo, Bruto, republicano sincero, trataba de suavizar en lo posible los males de la guerra. Celebró otra entrevista con Casio en Sardes y le censuró con dureza su conducta que les hacia odiosos. « Mas habria valido dejar vivir á César, le dijo; pues si es verdad que cerraba los ojos á las injusticias de los suyos, siquiera no despojaba á nadie. »

Cargados de botin asiático entrambos ejércitos, se pusieron en marcha para volver á Europa, y una noche que Bruto estaba en vela en su tienda se le apareció un espectro de figura extraña y terrible : « ¿Eres hombre ó dios? le preguntó con entereza el estóico general. — Soy tu genio maléfico, respondió el fantasma : ya me verás en los llanos de Filipos; » y desapareció. El dia siguiente Bruto habló de esta vision de su mente turbada al epicúreo Casio, que se burló de los sueños y las apariciones. Contaban con 80,000

infantes y 20,000 jinetes : cada soldado habia recibido 2,500 dracmas, los centuriones 5,000 y los tribunos 10,000. Los generales avanzaron hasta Filipos de Macedonia.

Bruto y Casio se situaron en dos collados que distaban uno de otro tres millas : Antonio se acampó enfrente de Casio y Octavio enfrente de Bruto. Las fuerzas de los ejércitos eran casi iguales; pero los republicanos tenian una flota que interceptaba á sus enemigos las comunicaciones marítimas, por lo cual Antonio que temia el hambre deseaba batallar cuanto antes, lo que no queria Casio, movido por la razon contraria. Sin embargo, Bruto que anhelaba poner fin á la guerra civil para salir de zozobras, opinó en el consejo por el combate y arrastró á la mayoría. Octavio enfermo hubo de dejar el campamento, cuando Mesala penetró vigorosamente en sus líneas donde acribillaron de saetas su litera : corrió el rumor de que habia sido muerto y Bruto creia ya suya la victoria; pero en la otra parte Antonio habia dispersado al enemigo y tomado su campamento. Casio se retiró con algunas tropas á una altura contigua, distinguió una fuerza de caballería que marchaba hácia él, pensó que era un cuerpo enemigo y se mandó dar muerte, cuando era Bruto vencedor que corria en su auxilio. Los aduladores del nuevo poder dijeron luego que en la hora suprema el excéptico epicúreo se amedrentó, que creyó ver á César con el manto de púrpura y el rostro airado en actitud amenazadora, y que exclamando : « Pues yo, sin embargo, te dí muerte, » apartó los ojos y presentó su garganta á la espada impelido por la venganza de los dioses. Bruto derramó abundantes lágrimas sobre su cadáver y le llamó el último romano : mas aun merecia él este elogio por sus severas virtudes.

Pasados veinte dias hubo otra batalla en la que salió derrotada el ala que mandaba Octavio; pero como Antonio habia vencido en el otro extremo, cayó sobre las tropas de Bruto, las envolvió y puso en fuga, y su jefe, que pudo escapar con gran trabajo, subióse á un cerro á hacer el sacrificio de su vida. Su maestro de retórica Estraton le presentó una espada volviendo los ojos, y él se precipitó sobre la

punta con tanta fuerza que se traspasó de parte á parte y espiró en el acto. La imaginacion popular ha exornado con circunstancias dramáticas los postreros instantes del caudillo republicano. Dijeron que el fantasma que vió en Abidos cumplió su promesa, se le apareció otra vez en la noche anterior á la batalla y cruzó por delante de él triste y silencioso. Otros ponen en su boca esta frase irónica y amarga : « ¡Oh virtud, te creí una realidad; pero veo que no eres mas que un sueño! »

Antonio no fué cruel con los cautivos y mandó sepultar á Bruto honrosamente; pero Octavio hizo decapitar su cadáver y llevar su cabeza á los piés de la imágen de César, así como tambien se mostró implacable con sus prisioneros y asistió friamente á su suplicio. Mandó que la suerte decidiera entre un padre y un hijo que imploraban su gracia el uno para el otro, y á un republicano que le pedia siquiera la sepultura le contestó : « De eso se encargarán los buitres. » Sin embargo, acogió á Valerio Mesala y muchas veces le permitió que ensalzara las virtudes de su amigo Bruto. Habíanse rendido mas de 14,000 hombres, en tanto que toda la escuadra mandada por Dionisio Ahenobarbo fué á reunirse con Sexto Pompeyo.

Exacciones de Antonio en Asia: Cleopatra.

Los dos vencedores procedieron entre sí á un nuevo reparto : Octavio tomó la España y la Numidia y Antonio la Galia Cabelluda y el Africa. La Cisalpina debia cesar de ser provincia porque se encontraba muy inmediata á Roma. Lépido quedó excluido del reparto en razon á que le creian de acuerdo con Pompeyo : despues le tocó el Africa. Antonio se encargó de recaudar en Asia los 200,000 talentos que juzgaron necesarios para recompensar á las tropas, y Octavio, que seguia enfermo, tomó la tarea, mucho mas ingrata al parecer, de distribuir tierras á los veteranos. Bajo este concepto, mientras Octavio se encaminaba á Roma para apoderarse del gobierno y sobornar á las tropas cumpliendo las promesas de Antonio, este atravesaba la Grecia y asistia á los juegos, á las fiestas y á las lecciones de los retóricos.

Afable é imparcial mereció allí que le llamaran amigo de los griegos; pero en las grandes y voluptuosas ciudades asiáticas, el guerrero se abandonó á todos los excesos. Entró en Efeso precedido de mujeres vestidas de bacantes y de mancebos representando el papel de sátiros. Tomaba los atributos de Baco en sus continuas orgías y nada le bastaba para cubrir los gastos de tantas profusiones. De una sola vez exigió el impuesto de nueve años, sin contar las confiscaciones particulares. Por un buen plato dió á su cocinero la casa de un ciudadano de Magnesia.

Cleopatra le envió algunas tropas y dinero, porque se amedrentó con las amenazas de Casio, y como Antonio pidiera explicaciones de aquella conducta, fué á verle en Tarso de Cilicia, con la esperanza de seducirle con sus hechizos, como á César. Su presentacion fué magnífica. « Subió el Cidno en una galera cuya popa era de oro, las velas de púrpura y los remos de plata, galera que navegaba al compás de las flautas y de las liras. La reina, ostentosamente engalanada como los pintores representan á Vénus, estaba tendida bajo un pabellon egipcio, rodeada de amores y nereidas, y los perfumes que quemaban en la galera embalsamaban las márgenes del Cidno. « Es Vénus, exclamaban los habitantes deslumbrados, Vénus que visita á Baco. » Antonio sucumbió cuando vió á aquella mujer elegante y culta, que hablaba seis idiomas y le hacia frente lo mismo en sus orgías que en sus conversaciones de soldado, y olvidándolo todo, Roma, Fulvia y los partos, la siguió como el mas dócil cautivo á Alejandría (41). Entonces comenzaron los desórdenes de la *vida inimitable*, las prolongadas cenas, las cacerías y las escursiones con disfraz, de noche, por las calles de la poblacion, para insultar y maltratar á las gentes, á riesgo de salir mal en tan culpables luchas.

Guerra de Perusa (41-40).

Mientras perdia un tiempo precioso en tan indigna vida, su mujer y su hermano declaraban la guerra á Octavio en Italia. El jóven César habia irritado á Fulvia, mujer ambi-

ciosa y colérica, devolviéndola su hija Claudia, con quien se habia casado el año anterior solo por complacer á sus soldados; y así fué que desde entonces aconsejó á su cuñado Antonio, cónsul á la sazon, que sacase partido de las inmensas dificultades que causaba el reparto de tierras. Con efecto, los veteranos reclamaban las 18 ciudades prometidas, y los habitantes, por su parte, se quejaban de la injusticia que les obligaba á pagar por toda Italia, pidiendo además una indemnizacion, en tanto que los otros pedian dinero para subvenir á sus primeras necesidades. Y á todo esto los nuevos colonos traspasaban sus límites y usurpaban los campos contiguos. No todos los propietarios despojados podian rescatar sus bienes con magníficos versos, como Virgilio, y lo que hacian era correr á Roma para ponderar su miseria, y amotinar al pueblo, que robaba las casas de los ricos y no queria ya magistrados, ni aun tribunos, á fin de que nadie opusiera obstáculos á sus excesos. L. Antonio, inspirado por Fulvia, prometió entonces su proteccion á los italianos desposeidos, y aseguró á los soldados que si no tenian tierras ó si no estaban satisfechos del reparto, su hermano les contentaria con los tributos que para ellos cobraba en Asia.

Envalentonáronse los italianos en su oposicion viendo que casi la fomentaba un cónsul, en tanto que los veteranos clamaban contra Octavio porque no sabia cumplir sus promesas, y su indisciplina llegó á un punto en que parecia inminente una rebelion. Una vez que Octavio no asistió con puntualidad á una revista, murmuraron contra él y arrojaron al Tíber á un tribuno que salió á su defensa, y el general debió limitarse á castigar con una reprimenda aquel acto tan grave.

Es verdad que su situacion era muy crítica. Acabó de vender los bienes de los proscriptos, y haciendo dinero de todo, hasta de los tesoros de los templos, reconquistó con sus prodigalidades á muchos de aquellos que le habian abandonado. Un golpe maestro acabó de encumbrarle. Eligió por árbitros á los veteranos en su cuestion con L. Antonio, que se negó á comparecer y se burló con Fulvia del

senado; pero lo cierto es que casi todos los veteranos se hicieron de su partido. Los italianos pasaron al bando opuesto, y aunque Antonio reunió 17 legiones, eran de reclutas, en tanto que las 10 de Octavio se componian de tropas aguerridas.

Antonio se apoderó de Roma y anunció el próximo restablecimiento de la república; pero Agripa, teniente de Octavio, le expulsó de la ciudad y le persiguió hasta encerrarle en Perusa, donde por causa del hambre que diezmaba á la poblacion tuvo que rendirse (40). Octavio se contentó con enviarle á España, para no dar un pretesto de guerra á su hermano; los veteranos pasaron á las legiones victoriosas, hubo un degüello de 300 ó 400 caballeros y senadores de Perusa, y la ciudad fué presa de las llamas, último acto de crueldad del triunviro.

Sin embargo, por temor de nuevas proscripciones, se escaparon todos los amigos de L. Antonio, y el cónsul Polion pasó con siete legiones á las naves de Domicio Ahenobarbo, que, aunque obraba de acuerdo con Sexto, se habia reservado el mando independiente de la antigua escuadra de Bruto. Fulvia huyó á Grecia, y Octavio se quedó de único dueño de Italia. Fusio Caleno, que mandaba en la Galia, le entregó su ejército y provincia; España tambien le obedecia, y el incapaz Lépido, que reclamaba su parte, fué enviado á Africa con seis legiones de soldados descontentos.

Regreso de Antonio á Italia: tratados de Brindis y de Misena (39).

Ni los clamores de Fulvia ni el ruido de aquella guerra habian podido arrancar á Antonio de sus placeres; mas por fin vino á despertarle un ataque de los partos contra la Siria, y ya estaba á punto de emprender una expedicion contra los partos, cuando le determinó á encaminarse á Italia la noticia de que su colega se habia apoderado de todas las ciudades del Occidente. Polion entabló negociaciones para que hiciera las paces con Domicio, y comprometió á Sexto Pompeyo á secundar su ataque contra Brindis, mediante una operacion por la parte del Brucio y de la Lucania.

Gravísimo parecia el peligro para Octavio; pero dábale una gran fuerza aquella reunion misma contra él de todos los partidos que á la sazon estaban en armas. Simplificábase mucho su situacion, pues en tanto que en el campo enemigo se contarian un hijo de Pompeyo, un triunviro y uno de los asesinos de César, él solo venia á ser el representante del nuevo principio que fortalecian ya muchos intereses, y es tan superior la ventaja de toda situacion franca y verdadera que, en el fondo, aquella liga tan amenazadora era poco temible. Sin embargo, los soldados no permitieron que la cuestion se zanjara aun, obligaron á sus jefes á entrar en tratos, y Cocceyo Nerva, amigo de los dos triunviros, preparó el arreglo, cuyas condiciones estipularon Polion y Mecenas, y cuya conclusion apresuró la muerte de Fulvia. En el nuevo reparto del mundo romano que se hizo entonces le correspondió á Antonio el Oriente hasta el mar Adriático, con la obligacion de combatir á los partos, y el Occidente á Octavio, con la guerra contra Sexto. Dejaron el Africa á Lépido y convinieron en que si no querian ejercer ellos mismos el consulado, nombrarian cónsules á sus amigos. Octavia, hermana del jóven César, se casó con el otro triunviro, y entrambos fueron á Roma á celebrar aquel enlace.

No hubo alegría en las fiestas, porque el pueblo tenia hambre. Sexto, que no fué comprendido en el tratado de Brindis, continuó interceptando los víveres, y el pueblo pidió la paz con mas fuerza que nunca. No tardó en estallar un motin, causado por un edicto que obligaba á los hacendados á pagar 60 sextercios por cabeza de esclavo y atribuia al fisco una parte de todas las herencias; y cansado Antonio de aquella situacion, apremió á su colega para que negociara con Pompeyo. Efectivamente, los tres se reunieron en el cabo Misena y convinieron en dejar á Sexto la Sicilia, la Córcega, la Cerdeña y la Acaya, con una indemnizacion de 17.500,000 dracmas.

Cuando vieron que los tres jefes se abrazaron en señal de

paz y amistad, resonó en la flota y en el ejército el mismo grito de entusiasmo. Parecíales que se habian concluido las guerras y los males; en Italia abundarian los víveres y volverian al seno de la patria los desterrados. Los tres jefes se ofrecieron fiestas, y designado por suerte Pompeyo para empezarlas, dió un gran festin, durante el cual Menas se acercó á su oido y le dijo: « ¿Quieres que corte los cables y te quedas dueño de todo el imperio? » Reflexionó un instante y luego respondió: « Debias haberlo hecho sin decírmelo (39). »

Ya de regreso en Roma, Octavio salió á sojuzgar algunos pueblos en rebelion, y Antonio marchó tambien contra los partos. Llevaba un senado-consulto que de antemano aprobaba su conducta, y á la verdad el senado debia congratularse de que uno de sus amos le hubiese pedido un decreto, pues siquiera daba con aquel acto testimonio de su existencia, cuando se habria podido creer que estaba disuelto para siempre. Nadie se acordó de él en Misena, como tampoco se pensó en Lépido, y para envilecerle mas y mas, los triunviros introducian en su seno soldados, bárbaros y hasta esclavos. Un esclavo obtuvo la pretura; pero es de advertir que elevaron á 77 el número de pretores.

Entretanto el pueblo no hacia mas que votar las órdenes escritas que recibia en los dias de comicios. En suma, la asamblea del pueblo y la asamblea del senado, eran otras tantas formalidades que legalizaban la usurpacion.

Guerra contra Sexto Pompeyo (36): deposicion de Lépido.

La paz de Misena no fué mas que una tregua, en razon á que no era posible que Octavio consintiese en dejar al arbitrio de su adversario el abastecimiento de Roma y sus legiones. Además, Pompeyo codiciaba para sí el imperio de Roma, y se habia ya formado en Siracusa una ostentosa córte: con un tridente en la mano y revestido de un manto verde, habíase dado el nombre de hijo de Neptuno. Con efecto, era el primero que habia demostrado á los romanos lo mucho que puede el que reina en el mar; pero hacia diez años que habia salido de Roma, y en su vida aventurera habia

adquirido las costumbres de un jefe de banda, no las de un general hombre de Estado. Componíase su córte de esclavos, de libertos que poseian su confianza y mandaban sus naves. La primera culpa de lo que sucedió la tuvieron los triunviros. Antonio se negó á poner á Sexto en posesion de la Acaya, y despues Octavio repudió á Escribonia, que era de su familia, para casarse con Livia, que obligó á Tiberio Neron á que le cediera cuando se hallaba en cinta de tres meses. Sexto respondió á tales provocaciones aprestando sus naves, y en su consecuencia volvieron á subir en Italia los precios de los víveres (38).

Octavio trató de comprometer á sus dos colegas en aquella guerra; pero Lépido, aunque accedió, pasó todo el verano reuniendo tropas y bajeles, y Antonio, á instancias de su esposa, salió de Atenas, en donde habia pasado aquel invierno, para buscar á Octavio en Brindis, y no habiéndole hallado se apresuró á volver á Grecia, aconsejándole que conservara la paz. Así fué que recayó sobre Octavio todo el peso de aquella guerra. Afortunadamente habia negociado la traicion del liberto Menas, que le entregó la Córcega y la Cerdeña con tres legiones y una fuerte escuadra. En un principio se neutralizaron los triunfos, y ya las probabilidades estaban contra Octavio, cuando llegó Agripa despues de haber pacificado la Aquitania, y atravesando el Rin como César, con su refuerzo cambió al instante el aspecto de las cosas.

El 1° de enero de 37 tomó Agripa posesion del consulado y seguidamente activó los preparativos, construyó otra escuadra, creó el puerto Julio, uniendo el Lucrino con el lago Averno y el mar, y á fuerza de ejercicios formó marineros y legiones que por su denuedo se parecian á las antiguas falanjes republicanas. En la primavera del año siguiente (36) Octavia volvió con su esposo á Tarento, y como no viese allí á su hermano, le salió al encuentro y le llevó á aquella ciudad con Mecenas y Agripa. Los dos triunviros se paseaban juntos sin guardias, prodigándose las señales de la mas íntima amistad. Prolongaron por cinco años el triunvirato, y desposaron á Antilo, hijo de Antonio y de Fulvia, con la

hija de Octavio y de Escribonia, la famosa Julia, despues de lo cual Antonio dió á su colega 120 naves y salió por fin con direccion á Siria. No debian volverse á ver sino sobre las olas que bañan el promontorio de Accio.

Seguidamente se decidió, á instigacion de Agripa, el ataque de la Sicilia por tres puntos: Lépido, que llegaba de Africa, por Lilibea; Estatilio Tauro por el promontorio Paquino, y Octavio por el cabo Pelore; pero Octavio y Estatilio, sorprendidos por una tormenta, debieron retroceder, en tanto que Lépido desembarcaba y ponia cerco á Lilibea. Sin embargo, antes del fin del verano consiguió Octavio poner tres legiones en Sicilia, junto á Tauromenio, legiones que se vieron en grave apuro por los descalabros que hubo en el mar, hasta que Agripa pudo forzar el paso interceptado, con lo cual dió entrada en la isla á Octavio con todas sus tropas, que se elevaban á 21 legiones, apoyadas con 20,000 jinetes y 5,000 arqueros ú honderos. Lépido se reunió con él cerca de Mesina. Pompeyo, que fundaba grandes esperanzas en sus 300 naves, atacó á la flota enemiga entre Miles y Nauloque (3 de setiembre de 36): la accion fué terrible y su desenlace estuvo largo tiempo indeciso; pero al fin la victoria fué de Agripa, que mandaba la flota triunviral y tenia sus naves armadas de arpones que detenian á las del enemigo, mucho mas ligeras, obligándolas á recibir el abordaje. Sexto huyó con 17 naves hácia el Asia, en donde tomó varias ciudades y entró en negociaciones con los reyes de Ponto y de los partos, lo que fué causa de que le abandonaran sus últimos amigos, hasta que, encontrándose solo, tuvo que entregarse y murió en Mileto á manos de un oficial de Antonio (35).

Las tropas que dejó en Sicilia se reunieron con las de Lépido, que así vino á encontrarse á la cabeza de 20 legiones, y pensando que era ocasion de reconquistar un puesto mas alto en el triunvirato, principió por querer conservar la Sicilia; pero Octavio sobornó sus tropas y le obligó á que se arrojara á sus piés para pedirle la vida. Octavio le dejó sus bienes con su dignidad de sumo pontífice, y le envió á Circei, en donde vivió 23 años.

Dos hombres en el imperio (36-30): habilidad de Octavio.

A todo esto se iba simplificando el problema de los futuros destinos de la república. Sobre los partidos que habia antes, el pueblo, el senado, los grandes y los ambiciosos, se elevaron tres hombres que se redujeron á dos y luego á uno, y muerto este, aparecieron de nuevo la anarquía y el caos, y por fin otros tres hombres se apoderaron del gobierno. Ahora bien: esta vez igualmente los tres se redujeron á dos, mientras triunfaba uno solo.

Depuesto Lépido, se quedó Octavio á la cabeza de 45 legiones y mas de 500 naves, fuerzas considerables, aunque temibles hasta para su jefe, y así fué que se apresuró á contentar á los mas exigentes: dió 20,000 licencias y gratificaciones, para las cuales solo la Sicilia contribuyó con 1,600 talentos. Cada soldado recibió 500 dracmas. Cuando Octavio volvió á Roma, el pueblo, que de repente se veia nadando en la abundancia, le acompañó al Capitolio coronado de flores. Querian colmarle de honores, y él, que comenzaba ya á representar su papel de desinterés y de modestia, no aceptó mas que la inviolabilidad tribunicia, y en prueba de su nueva moderacion, mandó quemar en público las cartas que escribieron á Pompeyo muchos personajes, suprimió algunos impuestos y declaró que abdicaria en cuanto Antonio hubiese puesto fin á su guerra contra los partos; pero entretanto devolvió las antiguas atribuciones á las magistraturas urbanas, á fin de que se creyera el lisonjero engaño de que aun duraba la república.

Sin embargo, su enérgico gobierno restablecia el órden en la península. Perseguian vigorosamente á los bandidos, devolvian los esclavos fugitivos á sus amos, ó les daban muerte cuando nadie los reclamaba, y así sucedió que en menos de un año, tanto en la ciudad como en los campos, todos los habitantes estaban seguros. Roma tenia, pues, un poder que funcionaba regularmente: en vez de aquellos magistrados que ajustaban su conducta á su interés ó á sus ambiciones, habia ahora una administracion vigilante y activa, que procuraba el bien de todos.